

Gregorio Reynolds



Discurso landatorio para honrar al poeta parnasiano Gregorio Reynolds (1882-1948), expuesto por Federico Mora durante la velada organizada por los escritores en La Paz, el 27 de mayo de 1918.

II parte

Si nos empeñáramos en fijar el punto de partida de Reynolds, habríamos de señalarle aquella comarca de donde parten cuantos son poetas. De Grecia viene Reynolds. Sí, de Grecia; pero es cosa cierta que mucho tiempo le hospedaron en un convento de la Edad Media. Allí aprendió a minúsculas y a jugar diversamente con palimpsestos enigmáticos. Conoció Venecia y quizá él fue quien la llamó Regina Maris e hizo tocar las campanas presuntuosas el día de Lepanto.

Su amiga Lucrecia Borgia, le enseñó malicias de envenenadores y él anduvo en correrías de bandido en las montañas de Gascuña. Era su capitán César, el hermano de la Cortesana, hijo del Pontífice. Tuvo en su cinto el puñal de Oliveretto de Fermo y supo de memoria aquel poema de catorce versos que compusiera el envenenado.

Pero todo aquello no era paganismo. El paganismo en España, con Fray Luis de León, en esa era horaciana, tuvo su final artístico. Las liras entraron de lleno a la expresión católica, acaso más que cristiana. Como que el catolicismo es la evolución social y científica del cristianismo. Así como la escuela de Lutero, pese a sus setentidós sectas, es la evolución democrática de la doctrina galilea.

Boccaccio quiso volver al claro ideal pagano; pero, sin mengua de la belleza del Decamerón, hay que convenir en que Boccaccio es un pagano de la decadencia, un pagano que tiene miedo al paganismo y que lo ensaya con todo el recelo interior del que se vuelve cínico por mal entendida libertad.

La literatura caballeresca, que empezaba en Francia, representa, de hecho, la época cristiana del humanismo heroico. Viene a ser en lo romano medieval lo que fue en lo griego la época de Alcides de Belerofonte y de Teseo. Es el ennoblecimiento hominal del cuerpo puesto al servicio de los ideales que cada religión juzga preferentes. Así, en Hélade, el cuerpo de los héroes se pone a merced del placer, de la belleza, de la libertad abierta. Y en el ciclo hegemónico del cristianismo, se rinde ante el amor monogámico, ante el rey dueño de vidas y haciendas, ante el Pontífice determinador de almas. La fe catalogada y dogmática, viene a reemplazar al paganismo individualista y fundado sobre la autoridad del eupatrida, pastor de su gens y dueño de un asiento en los grandes consejos directores del Estado.

No obstante, era tal la fuerza de la belleza pagana, que la literatura católica no pudo prescindir de ella. Y entonces, los poetas, después de declarar que todo el paganismo es ficción de raza ignorante y que no tiene más valor que el histórico o el arqueológico, proceden a usarlo. Era la forma política de conciliar las severas prácticas de la iglesia con las sugerencias irresistibles de la estética pagana.

Aceptado que las religiones olímpicas no tenían más valor que el de su retoricismo inspirador, empezaron los poetas a explotar los símbolos de aquella mitología en cuyos versículos está explicada, con amplitud de límites, toda la vida humana. Aún así, no quisieron ir hasta la Grecia misma, pues la temían por sus Venus demasiado venustas y por sus Apolos tan apolíneos. Y se quedaron en Roma.

Roma tuvo la virtud aclaga de convertir en elementos políticos a los dioses que en Atica eran sólo concreciones estéticas. Aquel Ares burlador de Hefestos y que provoca la risa de los dioses al yogar con Afrodita, es el Marte romano, ese Marte que presidía, como un político, guerras de conquista. Esa Ictia severa y dulcemente presti-

giosa de los dorios, se convierte en la detestable Vesta de los latinos; y Vesta es la diosa que tiene por objeto responder de las virgindades aristocráticas. Aquella maravillosa y noble Palas Atenea, la de los ojos claros, transfórmase en la Minerva del Foro. Ya no es la deidad que, desde la cima del Acrópolis, cubre con su divino manto tritogénico las deliberaciones del Agora, sino la diosa rabiosamente casta y ferozmente hábil que inspira a los tribunos del pueblo en los debates ensañados del Fórum.

Hasta en la literatura, el sutil Odiseo se convierte en el pícaro Ulises. Igual que el avisado y múltiple Hermes resulta siendo en Roma el ladronzuelo Mercurio. Y es que las literaturas son inseparables de las religiones. La evolución regresiva de Odiseo, halla su paralelo teogónico en el trastrueque lastimoso de Hermes.

Todo el principio de la Edad Media, más o menos desechó la significación de los dioses paganos. Hizo bien, pues defendía las expresiones de una moral nueva y, más que nueva, recién renacida. Era la purificación del paganismo, que necesitaba desprenderse de las ingerencias políticas y doctrinarias para entrar en el agua lustral de las inteligencias y ser canon de belleza absoluta.

El final de la Edad Media y el principio de la Moderna, aquel ciclo excéntrico y prestigioso que las terminologías llaman Renacimiento, aceptaron el paganismo, como clave explicativa de ciertos problemas del todo apegados a la sensibilidad, al hueso nervioso del aleteo humano. Y Marte representó el valor como Venus representaba la belleza y Minerva la sabiduría.

Nadie quería acordarse de las divinidades heládicas, que eran símbolos distintos. Desde que Dante condenó ilustremente a Virgilio, resultaba que no eran aceptables sino las normas romanas, esos dioses groseramente antropomorfizados, en vez de ser antropomorfismo de idealidades superiores.

Tal tendencia culminó en el siglo dieciocho. El siglo versallesco no es precisamente pagano, sí que tampoco es católico. Representa el momento de evolución cobarde para el arte casi muerto. Y sin embargo, independientemente de rigurosas manifestaciones artísticas, el siglo dieciocho es el fastigio del catolicismo, pues aquel era el tiempo en que el Rey de Portugal era Su Majestad Fidelísima, Su Majestad Cristianísima el de Francia y el de España Su Majestad Católica. A ellos se juntaban los Habsburgos, llamándose Reyes Apostólicos de Hungría Jamás la Iglesia y el Pontificado tuvieron tan vasto poder sobre las almas y sobre las potestades.

Mas, como estaba convenido que los dioses del paganismo eran, al igual que las piedras preciosas, pretestos para la metáfora o cualquier otra figura, y los petas adivinaban en ellos singulares motivos de excepcional belleza, resultó que el uso dióse a popularizarlos, despertando el afán de los eruditos.

FEDERICO MORE (1898 - 2?). Poeta, escritor y periodista peruano, muy amigo del Bolívar, vivió en La Paz, entre 1917 y 1920.